

Notas de andar y ver

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Se han publicado recientemente dos libros interesantes sobre Hannah Arendt. Uno penetra en su filosofía, el otro en su vida privada. A tres años de terminar el siglo, podríamos decir que la obra de Hannah quedará como una de las reflexiones políticas más profundas y originales de la centuria. Para el muy académico afán clasificatorio, el trabajo de Arendt es incómodo: ¿qué es?, ¿en qué cajón acomodarlo? Su pensamiento desborda los casilleros. Se trata simplemente de un conjunto de reflexiones frescas sobre la política. En *La condición humana* plantea que su propósito es ni más ni menos, "pensar lo que estamos haciendo". Así de abiertas sus ventanas. Ella misma rechazaba la etiqueta de filosofía política. El filósofo, argumentaba, aspira al absoluto. Por ello no debe jugar ningún papel político: un filósofo que tiene la convicción de poseer la verdad absoluta tenderá a convertirse en tirano todopoderoso.

El primer libro sobre la pensadora judía es un ensayo de Paolo Flores D'Arcais titulado *Hannah Arendt. Existencia y libertad*, traducido elegante y precisamente por César Cansino. El ensayista italiano encuentra a la autora de *Los orígenes del totalitarismo*, en su recorrido en busca de las nuevas razones de la izquierda. A ello se dirigen su trabajo editorial como director de la revista *Micromega* y los ensayos que hemos podido leer en la revista española *Claves de razón práctica*. La "anacrónica actualidad" de Hanna Arendt consiste en que, a veinte años de su muerte desafía el lugar común, las ortodoxias y el conformismo. "El pensamiento de Hanna Arendt —dice el sociólogo— está entre los muy pocos que pasan la prueba del año 1989, y que han salido reforzados del impacto con el muro al derrumbarse."

Pasa la prueba porque, habiendo denunciado la perversidad del totalitarismo, cuestionó el culto al mercado. Esa sociedad de consumo que convierte al ciudadano en simple consumidor es la gran amenaza de las democracias contemporáneas: el "déficit de la política" no su exceso. El conformismo que se incuba en las modernas sociedades industriales es el "vientre opulento del totalitarismo". La política se vuelve comercio, el político mercader, el hombre espectador. La vacuna democrática es, en consecuencia, la reanimación de la política. Así lo ve el italiano desde el mirador de Arendt: "La protección de la democracia exige el compromiso sistemático hacia las instituciones que garanticen la herejía, custodien el diseño, exalten la conciencia crítica individual, en lugar de anularla en una anestesia videocrática."

Fue Arendt quien tomó seriamente la idea de una democracia para el hombre, a la medida del individuo realmente existente. La centralidad de la ciudadanía lleva al lector italiano a criticar la política convertida en profesión. Cuando los partidos expropiaban la política y sus gerentes monopolizan la participación, el ciudadano se degrada en mirón. Ahí se origina lo que Flores D'Arcais llama "depresión inmunológica de la democracia". Es en ese mundo políticamente abierto donde habita el milagro: el milagro de la libertad política al que se refiere Hannah Arendt en su ensayo titulado precisamente "¿Qué es la libertad?": "Son los hombres los que obran milagros, los hombres porque han recibido el doble regalo de la libertad y de la capacidad de obrar, son capaces de instaurar una realidad que es la suya."

El segundo libro sobre Hannah Arendt es un relato que aborda una interesante faceta de la vida privada de quien fuera profesora de la New School. El libro publicado en España por Tusquets se llama simplemente *Hannah Arendt y Martin Heidegger*. Como se entiende, se trata de un estudio sobre la inquietante relación amorosa entre estos gigantes de nuestro siglo. Digo inquietante porque resulta difícil comprender la devoción de la pensadora judía que huyó de Alemania tras la llegada de Hitler al poder, y que construyó su reputación académica con la publicación de un penetrante estudio sobre el totalitarismo, por el filósofo nazi que elogió al genocida. El libro de Elizabeta Ettinger narra los meandros de esta relación.

Se conocen en 1924. Ella con dieciocho años y una libreta de apuntes; él, con treinta y cinco años, cubículo de profesor de filosofía y los imponentes manuscritos de *Ser y tiempo*. La cátedra de Heidegger seduce a la joven estudiante. Se dice que las sesiones del profesor eran magnéticas; aunque revelaba cierta timidez, hechizaba. Los estudiantes le llamaban el "mago de Meskirch" (el lugar donde había nacido). Así describe Karl Löwith sus clases: "La técnica de sus clases consistía en construir una compleja estructura de ideas que después desmantelaba para enfrentar al sobreexcitado estudiante con un rompecabezas y dejarlo en un vacío. Este tipo de brujería conllevaba resultados muy arriesgados. Atraía mentes más o menos psicópatas, y hubo una alumna que se quitó la vida después de tres años de dedicarse a resolver rompecabezas." Heidegger, conociendo los poderes de su brujería, acentuaba la distancia y la reverencia. En 1925 el profesor dirige la primera carta a la alumna. "Querida señorita Arendt" es el primer guiño formal, casi distante. Cuatro días después la puerta de la carta es otra: "Querida Hannah". Un par de semanas más tarde, el amor es el aroma de la carta.

La relación que entonces se inicia duraría décadas, sobreviviría océanos de distancia, dos matrimonios y, sobre todo, los celos de la ideología. Aunque mucho tiempo vivieron separados, Hannah Arendt no perdió jamás la devoción por su maestro. Incluso, buscó la reivindicación académica del filósofo. Ciertamente cuestionó sus ideas políticas. Dijo que el filósofo nunca entendió la política. Pero ello era, precisamente, una forma de evadir el problema moral. Criticó su entendimiento, no su perversidad. El relato de Ettinger, profesora del MIT, deja mucho que desear. Alimentada de las cartas que se dirigieron a lo largo de su dilatada relación, la autora no logra captar la intensidad de la relación. A lo largo de estas páginas la pareja colosal se transforma en dueto de telenovela. Cuando el libro se publicó en Estados Unidos, Alan Ryan escribió un comentario en la *New York Review of Books* en donde lo dice de manera fulminante: "éste es un libro completamente tonto; pero difícilmente se puede lamentar su existencia". Estoy de acuerdo.

Palabras. Acabo de leer un libro de Roberto Esposito, importante teórico italiano que hasta hace unas semanas era desconocido para mí, *Confines de lo político* es su título. Se trata de una excursión al interior de nueve palabras del vocabulario del poder: política, democracia, responsabilidad, soberanía, mito, obra, palabra, mal y occidente. Con apariencia de diccionario, el libro de Esposito es mucho más que eso. Un ensayo espeso. El libro otorga lo que ofrece: un examen de los linderos de lo político. En política, el margen es primordial. Ahí, en los bordes, está la clave del orden, en la conciencia del vacío, la valoración del silencio, la presencia del hueco. Es que la amenaza es la política que se desparrama, la política que no respeta cauce y todo lo empapa. Así, la tiranía es "la unión forzosa de aquello que debe ser distinto: legislativo y ejecutivo, derecho y justicia, poder y saber".

En el libro de Esposito puede leerse que "existe una atracción fatal entre política y lenguaje. Si la política permanece en el reino de la acción, ésta, cuando se hace política aparece interpretada, envuelta y completada por el lenguaje. Confiere y otorga palabra". La política envuelta por el lenguaje. Y cuando el lenguaje degenera se gangrena la política, como decía Octavio Paz. De ello somos tristes espectadores en estos días de agitación electoral. Los políticos, que se multiplican en campaña, hablan sapos y culebras; otros solamente gesticulan.

Para escapar de la vulgaridad de nuestros políticos, para oxigenarme en la dignidad de la palabra recuerdo a Enrique Tierno Galván. Raúl Morodo lo llamó "conciencia ética de la sociedad española durante el franquismo". Lo recuerdo ahora no como "el intelectual frente a la dictadura" que retrató con tanta calidez Elías Díaz en su libro *Ética contra política*. Lo evoco como el alcalde de Madrid que logró, con la palabra, limpiar un poco la ciudad. Me refiero al autor de los célebres bandos quevedianos que, como alcalde, dirigió a los madrileños. Tengo, gracias a Sergio Vela, una copia de esos exquisitos y barrocos pregones que llaman al aseo, la civilidad, las buenas maneras. Paternales, irónicos, cariñosos, los bandos de Tierno certifican el amoroso enlace de palabra y ciudad. La atracción fatal de la que habla Esposito bien puede convertirse en tierno consorcio.

Transcribo aquí una muestra de los bandos de Tierno. El bando se refiere al mundial de fútbol de 1982. La cita es larga pero, como se verá, bien vale la pena.

"El Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. Madrileños: Era y es costumbre inmemorial entre los vecinos de esta honrada Villa congregarse los días señalados y fiestas de guardar para asistir a los espectáculos públicos de grande diversión y entretenimiento, que suspenden el ánimo y sirven para descanso y olvido de los muchos quehaceres que a cada cual, según su estado, ocupan, desvelan y con frecuencia agobian.

"Entre todos cuantos espectáculos públicos distraían y animaban a los vecinos de este Concejo, descollaban de modo principalísimo y casi único las fiestas de toros, en las que participaban los moradores de la Villa con singular entusiasmo y regocijo, no faltos de percances y, en ocasiones, desgracias.

"Pero renuévase los tiempos, se alteran o cambian las costumbres y se introducen novedades que, sin perjuicio de que sobrevivan los antiguos usos y públicos espectáculos, ocasionan modos de esparcimiento y distracción, tales como el llamado 'Football', expresión anglicana que en nuestro común castellano equivale a que once diestros y aventajados atletas compitan en el esfuerzo de impulsar con los pies y la cabeza una bola elástica, con el afán, a veces desmesurado, de introducirla en el lugar solícitamente guardado por una cuadrilla de once atletas y viceversa.

"Es tanto el entusiasmo que ha despertado en todas las naciones del universo mundo tan notable afición, que puestas de acuerdo las principales cabezas entre las que dirigen y conciertan las demostraciones públicas del referido entretenimiento, han elegido a nuestra Villa y Corte para que, en los grandes cosos que en ella existen, compitan en los encuentros finales las mejores cuadrillas de cada nación, celebrándose con este fin grandísimos y fastuosos juegos que atraerán a esta honrada ciudad innumerables visitantes de cuantos países pueblan la tierra.

"Aunque es notorio y de común conocimiento que los vecinos de esta Villa suelen hacer oídos de mercader a las advertencias y admoniciones del Alcalde, séame permitido recordar que entre las virtudes que hacen un vecino perfecto y acabado, una muy principal es la cortesía, merced a la cual

conservamos viejas amistades, ganamos nuevas, hacemos de los extraños propios y no pocas veces de los hostiles enemigos amigos de apego y fiar, logrando por añadidura que quienes visitan las ciudades pobladas por vecinos corteses se hagan lenguas de ellos, maravillados de la apacible condición de sus moradores.

"Siendo así que esta villa, por razón de los grandes y famosos juegos de

'Football' que de uso he dicho, ha de ser visitada por un sinnúmero de curiosos aficionados viajeros, bueno es y muy conveniente que extrememos la sobredicha virtud de la cortesía que, común entre nosotros, en ocasiones se olvida, por la preocupación, el mucho trabajo o descuido, cuando no por el enfado y la ira.

"Encarezco, pues, a los madrileños, como regidor que soy de esta Coronada Villa, que atiendan con particular esmero a nuestros visitantes, conduciendo al perdido, orientando al perplejo,

sosegando al inquieto, ayudando al que está en apuros, consolando a quienes la magnitud, complicación y desmesura de esta gran ciudad pueda llevar a la

tribulación o al desconcierto, indicándoles con señas, descripciones sobre los planos o acompañándoles en la práctica, qué han de hacer, cuando, como ha de ocurrir con sobrada frecuencia, desconozcamos su propio y connatural idioma u otro cualquiera que como recurso hablen.

"Advierte también esta Alcaldía Presidencia a los vecinos, con suma severidad no exenta de amor, que se esmeren en mantener limpias las calles, en la pulcritud de las fachadas y en la perfecta colocación de los coches en los lugares que correspondan, para pasmo de nuestros visitantes y gratificación y contento de nosotros mismos.

"Copioso es el caudal de razones que aconsejan nos desvelemos todos por atender y cuidar a nuestros visitantes, que serán en extremo numerosos y de muy diferentes hablas y lugares, pero una hay principalísima, que no se ocultará al

discernimiento y agudeza de los vecinos de esta Corte, es saber que multitud de hombres, mujeres y quizá niños, diestros en el arte de apoderarse de lo ajeno, vendrán a esta Villa, aprovechando la circunstancia de tan favorable ocasión, como la de los universales juegos sobredichos, de modo que al número común de pícaros, cortabolsas, sopistas, catarribas y otros muchos de dudosa condición que ya existen en la Corte, habrá que añadir a los que desde afuera se agreguen, por lo que hemos de juntar a la cortesía el más solícito desvelo, para evitar hurtos, robos e ilícitos y codiciosos engaños, que de darse en abundancia empañarían nuestro nombre y fama.

"Sepan por último los moradores de esta Villa que si de muy grande y peso y empeño son las razones de la virtud, también lo son las del material provecho, que crecerá en proporción a la mayor difusión de nuestro honesto comportamiento y crédito.

"Confío, pues, recomiendo a los vecinos que anden muy sobre sí, cuidadosos de la nombradía y prestigio de esta Coronada Villa.

"Madrid, 11 de junio de 1982

"Enrique Tierno Galván"